

- ¿Un hombre blanco? pregunté.
—Sí, un hombre blanco, dijeron.
—¿Cómo vá vestido?
—Como el señor, dijeron, señalándome á mí.
—¿Es joven?
—No, es viejo; el pelo de su cara es blanco, y además está enfermo.
—¿Será verdad que esté en Ujiji?
—No hace ocho días que le vimos nosotros.
—¿Creéis que estará todavía allí cuando nosotros llegaremos?
—No lo sabemos.
—¿Había estado otra vez allí?
—Sí; pero hace mucho tiempo.
—¡Hurra! exclamé yo, es Livingstone; no puede ser sinó él.»

Al día siguiente Stanley y su escolta se pusieron en marcha. Atravesaron la última cordillera, y al salir de una dilatada y espesa selva vieron el puerto de Ujiji, sobre el lago Tanganyka, en medio de una verde llanura.

Desplegaron las banderas, y con la descarga de cincuenta fusiles anunciaron la aproximación de la caravana. Una multitud de indígenas corrió á su encuentro; y por entre dos filas de curiosos, ávidos de ver al nuevo hombre blanco, Stanley se dirigió á un grupo de africanos en medio del cual se hallaba un hombre pálido, de barba gris, vestido á la *européa*.

En la escena que entonces tuvo lugar no se sabe que admirar más; sí la grandeza ó la sencillez.

Stanley con paso lento se acercó á Livingstone, y descubriéndose:

»—El Dr. Livingstone, supongo?

—Sí, respondió él con benévola sonrisa, y saludando.

Nuestras cabezas se cubrieron y nuestras manos se estrecharon.

—¡Bendito sea Dios!, dije, que me ha permitido encontraros.

—Y yo soy muy feliz, contestó Livingstone, de haber estado aquí para recibirlos.»

Livingstone hizo á Stanley los honores de su casa. Conversaron sobre los acontecimientos que habían sucedido en Europa y en el resto